

NACIONALISMO,

DESHUMANIZACIÓN:

ALGUNAS CLAVES

SOBRE EL MAL

La distinción usual entre muerte y tortura puede proporcionar una clave para enfocar el problema del mal. La tortura deshumaniza, la muerte no. Alguien muere y no –por eso– pierde su perfil humano corriente. La muerte, de suyo, excluye del espacio de lo vivo, no de lo humano: del muerto pervive su recuerdo y su proyección simbólica, de lo cual se ha hecho eco J. Baudrillard en *El intercambio simbólico y la muerte*. En cambio, la tortura deshumaniza, sin quitar la vida al torturado, en lo cual los nazis, racistas y nacionalistas, fueron maestros. De los serbios y los croatas igualmente racistas y no menos nacionalistas y, aunque parezca más extraño, acaso también de los tutsis y hutus centroafricanos, si se tiene en cuenta que quienes planearon los diversos episodios de genocidio, no eran descendientes directos de los monos africanos sino personas dedicadas en la cultura –académica, política y



militar-euronorteamericana. Y no sería honesto olvidarse del racista de esa cultura. El racismo fue un componente básico de la relación colonialista, una de cuyas figuras clásicas, el imperialismo inglés, se constituyó, según los análisis de R. Hofstadter y H. Arendt, sobre la matriz doblemente racista. Sobre la raza negra, a la que esclavizó, y sobre la raza judía que, al tomar parte en la explotación financiera imperialista con más éxito que sus competidores europeos —por ejemplo en las minas de oro y platino de Sudáfrica— contribuyó a reforzar el antisemitismo europeo en general y nazi en particular.

La conexión entre el régimen del *apartheid* y los nazis no es ningún enigma histórico, como tampoco lo es la inspiración racista de buena parte de la cultura que las élites colonialistas europeas —incluidas las religiosas— transportaban “gratuitamente” a África. No debe extrañar, por lo tanto, que en la formación de las élites africanas subsista un poderoso componente racista, vinculado al reciente resurgimiento de la etnicidad después del colapso del estado-nación, otro artificio colonialista. Más extraño es, en todo caso, que haya podido ocurrir en el mismo corazón de Europa la *limpieza étnica* serbo-croata, o que en países tan “civilizados” como Francia o Austria el nacionalismo excluyente haya alcanzado una presencia democrática de augurios ensombrecedores.

La deshumanización a que se refiere el título de este artículo consiste en el proceso de destrucción del componente o condición humana, la humanidad, sin acabar con la vida orgánica de las víctimas. A primera vista parece algo imposible en circunstancias normales, pero si se hace entrar en juego la violencia esta imposibilidad desaparece. Una modalidad de esta violencia, que relata la película *Alguien voló sobre el nido del cuco*, consiste en la extirpación quirúrgica de las bases emocionales del cerebro, la amígdala y el sistema límbico, que deja al organismo en un estadio de vida preanimal. El deshumanizado —el personaje que representa J. Nicholson— pierde la consciencia desde que es anestasiado mediante el uso de la violencia y ya no la recupera jamás.

A lo que yo quiero referirme, sin embargo, es a un procedimiento en el que la víctima asiste, como testigo —ante el verdugo y ante sí misma—, a la aniquilación de su propia condición humana hasta quedar reducida únicamente a conciencia sensible, animal. Justamente como los nacionalistas y racistas nazis habían comenzado por **definir** a los **otros** (judíos, gitanos, algunos eslavos, etc.): como piosos



y cucarachas a los que, como se hace habitualmente, hay que terminar gaseando. El efecto final, la deshumanización, pasa por el aniquilamiento sistemático de la personalidad o condición humana en su triple estrato: jurídico, moral y psicológico o individual. Lo primero, al desposeer a la víctima de todos sus derechos incluidos, por supuesto, los derechos humanos (a la vida, a la libertad, a la educación, etc.); lo segundo al aislarle de sus redes de solidaridad comunales con sus otros significativos, con quienes comparte el lenguaje en el que construye habitualmente su identidad así como la signifi-

cación y el valor de ésta; lo tercero, en fin, mediante procedimientos varios como la desnudez, la masificación y la producción masiva y arbitraria de dolor tanto físico como psíquico: el espectáculo de la muerte de los otros sin más causa ni motivo que el que los del propio dolor. La mayoría de las víctimas vivas de las recientes guerras étnico-nacionalistas (desplazados, exiliados, refugiados, etc.) lo son en los dos primeros niveles y otras muchas, las encerradas en los campos de concentración serbo-croatas, también del tercero (a los que habría que añadir casos menos numerosos pero no menos significativos como los secuestrados por ETA).

El efecto final de todo el proceso —y aquí pudiera estar una de las raíces

más enigmáticas del mal— estriba en que la víctima ya no puede testificar ante los otros, quienes no fueron víctimas ni verdugos, la significación de aquello de lo que es víctima: la deshumanización. Una cosa es ser un animal por naturaleza, otra distinta es serlo por el artificio de la tortura. H. Arendt y J. Semprún recurren a un imaginario entre teológico y cinematográfico —ficcional, en cualquier caso— para calificar a este tipo de seres —ni humanos ni animales— como “resucitados”, “aparecidos” o “muertos vivientes”, tanta es la extrañeza (¿extranjería?) de su diferencia respecto a la experiencia de sentido común de la vida y de la muerte. Esta incomunicabilidad insalvable es la que habría llevado a algunos sobrevivientes de la tortura nazi al suicidio, aun muchos años después de haber intentado explicar al mundo su experiencia y, de este modo, explicarse a sí mismos. Los casos del narrador Primo Levi o del poeta Paul Celán son suficientemente elocuentes. Como lo es, en un registro menos trágico, gran parte de la escritura de J. Semprún, cuya obra *La escritura o la vida* nos aproxima a ese universo no ya inhumano sino deshumanizado y deshumanizador, cuya ecología ético-política fue/es el nacionalismo racista o —tanto monta—



NACIONALISMO:

DESHUMANIZACIÓN:

ALGUNAS CLAVES

SOBRE EL MAL

La banalización del mal tendría un efecto perverso...

del racismo nacionalista que hoy vuelve con casi todos sus fueros –y sus furias– anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Para caracterizar axiológica o moralmente los procesos y los efectos deshumanizadores de una política nacionalista inspirada por una ética racista –ambas totalitarias– H. Arendt recurre, en momentos distintos de su carrera, a dos expresiones contradictorias: *mal radical* y *mal banal*. La primera la toma de I. Kant –cuya reflexión sobre el mal considera insuficiente– y la utiliza al final de los años cincuenta, en *Los orígenes del totalitarismo*, para resaltar la malignidad del mal. El mal radical es, pues, el mal químicamente puro, sin mezcla alguna de elementos positivos, que se habría adueñado primero del alma de los nazis y después, previo el trabajo concentracionario, de la de sus víctimas. Un mal sin causa ni razón, tan gratuito y arbitrario como absurdo debe tener una raíz propia y exclusiva: la perversión nazi –o su herencia serbocroata– en tanto que quintaesencia de la perversión racista y nacionalista.

La segunda, en cambio, –la banalidad del mal– la elabora la propia H. Arendt a partir del examen detallado de las actas de juicio del nazi A. Eichman, un alto jerarca del sistema concentracionario nazi, celebrado en Jerusalén al comienzo de los sesenta. La pretensión de H. Arendt ahora es la de relacionar el mal con dos causas diferentes pero combinadas: la mediocridad mental (intelectual y moral) del nazi promedio, más la racionalidad burocrática inherente al sistema político totalitario. Bastan esos dos ingredientes, masivamente banales en el mundo contemporáneo, para explicar el modo de producción de los efectos deshumanizadores a los que me referí anteriormente. La racionalidad burocrática explica la eficacia destructiva y, a la vez, la complejidad del proceso y el consiguiente distanciamiento físico y emocional de muchos de los implicados, en lo que ha insistido el sociólogo judío polaco Z. Bauman; y la mediocridad intelectual ambiente aporta las dosis de ceguera moral suficientes para mantener a buen recaudo la lucidez ética sobre lo que estaba sucediendo.

La banalización del mal tendría un efecto perverso que algunos críticos se han encargado esgrimir contra H. Arendt: que vuelve innecesaria la malignidad radical de los nazis y, hasta cierto punto, constituye una especie de exculpación. Algunos judíos como G. Scholem llegarán a acusarla –a ella, judía alemana huída a Norteamérica del terror nazi– de insensibilidad ante el Holocausto sufrido por su propio pueblo, como si también hubiera acabado contaminada por la malignidad radical cuya iluminación se debía justamente a ella. Otros, como L. Ferry, recurren, para criticarla, a una radicalización de la teoría socio-histórica de la secularización. Si ésta sostiene que la época moderna consiste, en líneas generales, la tesis de la humanización de lo divino, Ferry la extiende hasta incluir también la humanización de lo demoníaco. Únicamente atribuyendo rasgos demoníacos a algunos hombres –segura-



mente también a algunas mujeres— podría explicarse que un abuelo bosnio haya sido obligado, por los serbios, a comer el hígado de su nieto asesinado en su presencia. Para L. Ferry parece haber dos tipos de violencia. Uno, la violencia imprescindible para producir la muerte de un ser vivo, incluidos los humanos, **más bien simple y sencilla**, aun cuando se trate de muerte masiva como en la guerra “limpia” (¿no existe la “guerra sucia”?). El otro es la violencia técnicamente *superflua* desde el punto de vista de la eficacia mortífera, cuyo objetivo únicamente puede ser la deshumanización en vida mediante la producción de un dolor absurdo e incomprensible como el del abuelo bosnio comiendo el hígado de su nieto o, en menor medida, el secuestro de un ser humano durante un tiempo prolongado. Una violencia así, razona Ferry, únicamente puede venir de una fuente de malignidad pura: lo demoníaco con rostro humano y, por lo que Ferry deja entrever, mayormente nacionalista.

Con todo, a la tesis de la banalidad del mal aún le queda un as en la manga y puede devolver el cumplido. La secularización o humanización de lo demoníaco de L. Ferry, a parte de seguir siendo una explicación teológico-psicologista, que deja fuera el componente socio-histórico de la agresividad humana aun en episodios parxísticos u orgiásticos, conlleva el efecto perverso de perpetuar de algún modo la *des-humanización del mal* que había operado la teología al atribuirlo a una causa sobre-humana: el demonio. La humanización de lo demoníaco que propone no explica por qué, precisamente, esa humanización tiene rostro serbio, hutu o tutsi (como antes nazi, o afrikaner, o sudista norteamericano, por referirme únicamente a los casos más sonados). Esta selectividad inexplicada del demonio humano por el rostro nacionalista vuelve a situar la raíz del mal fuera del alcance de los seres humanos normales. En cambio, la tesis de la banalidad no solo vuelve al mal más humano sino hasta demasiado humano: la mezcla de la mediocridad intelectual y la racionalidad burocrática vienen formando parte habitual de la política moderna y siguen formándola de la postmoderna. Y la ceguera moral resultante únicamente puede paliarse, en parte, mediante el pluralismo ético y la crítica pública democráticas, como la que está teniendo lugar en Francia en contra del nacionalismo neorracista. Y no me refiero únicamente al del Frente Nacional sino al de un gobierno que pretende absorber el espacio electoral de aquél con una ley de extranjería que repite, hasta la letra, párrafos de la promulgada contra los judíos por el gobierno pronazi de Vichy, en los años cuarenta.

Sería deshonesto no reconocer que el nacionalismo no siempre es cosa de verdugos. Hay, también, un nacionalismo que vive de su victimización sistemática, como ejemplifican los que acatan, por convicción o pragmatismo, la Constitución Española de 1978. Es cierto que dicha victimización se va con-

NACIONALISMO.

DESHUMANIZACIÓN.

ALGUNAS CLAVES

SOBRE EL MAL

virtiendo, progresivamente, en un buen negocio en la medida en que su verdugo parece serlo mayormente por Amo de la pasta. En todo caso, seguimos en la misma figura moral, la victimización, que puede invertirse según las circunstancias. ETA practica esta inversión, a su estilo fúnebre, por el sistema de goteo, con la ambigua comprensión del nacionalismo democrático, mientras que fue un imperativo electoral el que impuso el trágala catalanista al españolismo popular(chero).

Y es que la matriz moral del nacionalismo de entonces o de hoy, de aquí y de allá, adicto a la violencia física o únicamente a la simbólica, se compone de los dos mismos elementos: el narcisismo y el maniqueísmo, más o menos aristados según el roce democrático. El narcisismo –individual o de grupo son uno el mismo gracias a la fusión o comunión entre ambos– proporciona al nacionalismo un *espacio imaginario* que oficia de límite crítico de una operación combinada de inclusión y exclusión. Inclusión o interiorización autoerótica –recuérdese al Narciso mítico– de toda la corriente afectiva positiva de los miembros del grupo, para ser invertida en la autoimagen o identidad colectiva. Y exclusión, de ese mismo espacio imaginario, del de afuera, el diferente o *el otro*, objeto de inversión de toda la corriente afectiva negativa: foco genético de todos los gérmenes del mal y, por tanto, chivo expiatorio. Justo aquí entra en juego el maniqueísmo. Con su arcaico binarismo axiológico que divide al mundo en un principio del bien y un principio del mal, proporciona al nacionalismo legitimidad moral necesaria y suficiente, para que los de dentro se construyan a sí mismos, socialmente, como los buenos, y a los otros, los de fuera, como los malos. Basta identificar el autoerotismo narcisista con la bondad moral, y a la identidad nacional con su símbolo normativo, para proyectar sobre las identidades “otras” el simbolismo del mal. El racismo –aunque no siempre ni en todos los casos– es el complemento perfecto del nacionalismo: elabora la diferencia ética que éste instituye como diferencia biológica entre humanos y subhumanos, o bien, al estilo del neoracismo, como diferencia cultural inconmensurable e incompatible: irremediable.

El intercambio sistemático o simplemente oportuno, a modo de arma política, de semi-descalificaciones y casi-linchamientos morales o, por el momento, de memoraciones de la posibilidad de hacerlo, es el precio a pagar por un narcisismo victimista cuya herida nunca se sutura. Ni con poder político, ni con dinero, ni con muertos.

Ni con independencia.

Gabriel Bello Reguera es Catedrático de Ética de la Universidad de La Laguna y autor de **El retorno de Ulises. Sobre competencia ética y supervivencia** (1989), y **La construcción ética del otro** (1997).